

# Escritores en una Casa de Vidrio

**E**l descomunal interés provocado por la casa transparente de la calle Moneda me ha traído a la memoria un simpático encuentro de escritores realizado en un pueblito costero de Dinamarca, allá por los años 78 ó 79, a fines de un verano europeo.

La fecha tiene que ser ésa, pues acababa de leer la novela *Los convidados de piedra*, que tiene pie de imprenta marzo de 1978. Jorge Edwards, justamente, era uno de los invitados estelares, junto a dos aún más famosos, el nicaragüense Ernesto Cardenal y el peruano Mario Vargas Llosa. Entre los participantes de algo menor renombre, entonces, estaban el nicaragüense Sergio Ramírez, los chilenos Antonio Skármeta y Ariel Dorfman; este último, huelga decirlo, fue el más activo, ocurrente y omnipresente. Ajeno a los placeres de la carne, puro nervio y espíritu en acción, no descansaba jamás (intervenciones, ponencias, fundación de becas para escritores chilenos en apuros bajo el régimen militar, ediciones de libros propios y ajenos, auspicio para otras reuniones del exilio latinoamericano, proyectos). La presencia del suscrito se debía a la amable gestión de Mario Vargas Llosa; muy amigo de sus amigos, lo conocimos, en los años 60, en su primera visita a Santiago, como huésped de Editorial Universitaria, que hiciera una edición de *Los Jefes*, al cuidado prolijo

*Acostumbrados los hombres de Chile a que las mujeres se desnuden en la intimidad exclusiva y excluyente de los demás, una experiencia de nudismo en Dinamarca dejó a algunos de nuestros escritores mal parados. Sólo se salvó un poeta nicaragüense.*

Por Antonio Avaria

de Pedro Lastra. Unos meses antes del encuentro danés habíamos degustado las deliciosas meriendas de un *pub* de Cambridge, ciudad donde pronunciara la víspera una de sus brillantes conferencias, simple prólogo a la Cátedra Bolívar (de la Universidad de Cambridge), que serviría durante un año. Al contarle que conocía toda su obra publicada, a excepción del libro sobre Flaubert (*La orgía perpetua*), pasó a dejármelo y charlamos de nuevo, como después lo hemos hecho, volandaramente, en Berlín, Ginebra y quizá la última vez, a comienzos de los 90, bajo una carpa en un fondo del sur, en un almuerzo como el de Camacho el Rico que el novelista trasegó teniendo a su diestra a Eduardo Frei Ruiz-Tagle, cuando éste aún no anunciaba su candidatura a la presidencia.

¿Algo que ver con la transparencia de una casa de vidrio?

Sí, por la razón siguiente, y volviendo al encuentro de escritores latinoamericanos en Dinamarca. Ocurre que en los descansos de las sesiones de trabajo, los daneses se desnudaban para tomar el sol. Dio el ejemplo el presidente de la Sociedad de Escritores Daneses, un sesentón alto y huesudo.

Y así los otros también se aliviaron con rapidez de todos sus ropajes: los demás escritores, los administrativos, los académicos. Y, naturalmente, las danesas: las bellas secretarías, las traductoras no menos bellas,



Curiosos tratando de atisbar en la noche las acciones de la actriz Daniela Tobar en la Casa de Vidrio.

las editoras salidas de tarjetas postales, de talle esbelto y traserito respingado.

¿Qué hacer ahí, machotes peruanos o chilenos, acostumbrados —a excepción del venal *striptease*— a que una mujer sólo se desnuda para ti, en la intimidad exclusiva y excluyente de los demás?

Como es de suponer, no nos atrevimos a hacer lo que hacía todo el mundo. Todos menos uno protegimos nuestras partes pudendas de las miradas indiferentes o indiscretas de los demás. Ariel descubrió una fórmula intermedia: apareció en unos calzoncillos de visible indecencia. Menos uno, dije, porque el único que con espontaneidad siguió el ejemplo de nuestros huéspedes fue Ernesto Cardenal, el antipoeta, el poeta del exteriorismo, el sacerdote católico. El monje encantador de Solentiname que nos describiera Cortázar, en aquella isla arrasada por la soldadesca de Somoza. El luchador contra la

dictadura de ese mínimo Tacho, puso a ambos escritores a cargo de sendos ministerios. Sergio llegó a ser Vicepresidente de la República, y Ernesto, Ministro de Cultura.

Pero en aquel encuentro de escritores en Dinamarca, breve descanso para esos dos guerreros implacables, el autor de *Oración por Marilyn Monroe*, cincuentón y canoso, nos daba una lección de naturalidad y humor. “Mejor no lo comenten”, nos pidió, y yo no creo atentar contra su noble imagen al recordarlo veintidós años más tarde, cuando una turba de chilenos zafios, en el siglo XXI, se escandaliza ante la bella escena de una muchacha bañándose desnuda bajo una fuente de agua. Se le ofrece la oportunidad de ver desde la calle una sucesión de escenas que atesoran las mejores pinacotecas, pero el bruto siente que es su derecho mofarse, humillar, manosear y violentar a una joven actriz que cumple una tarea nada sencilla de teatro calleje-

ro. Más exactamente, teatro desde la calle.

Una actriz, ciertamente, porque se requiere oficio y destreza para imitar una escena de la vida corriente, como bien lo explicara Heinrich von Kleist en su lúcido ensayo sobre el teatro de las marionetas. Actuar en una casa transparente es evidentemente un trabajo profesional, es arte dramático, común y frecuente en los escenarios, a veces mediante el recurso escénico de dos o tres habitaciones sin paredes, para que el espectador pueda ver o tener la ilusión de ver con sus ojos una o varias acciones de cualquier día.

Asimismo, con el pretexto del “ultraje al pudor” (¿de quién?) se puede ir lejos en la mordaza a la libertad de expresión. Tan lejos como cuando se empieza quemando libros y se termina quemando gente. **AVL**